

03-01 Narrativa 13

Capítulo 44 del Evangelio de Acuario: Los maestros griegos escuchan un discurso sobre las limitaciones de la mente

La filosofía griega estaba llena de verdades penetrantes, y Jesús anhelaba estudiar con los maestros en las escuelas de Grecia. Así que dejó su casa en Nazaret y cruzó las colinas del Carmelo, y en el puerto tomó un barco, llegando en breve a la capital griega.

Los atenienses habían oído hablar de él como maestro y filósofo, y se alegraron de que viniera a ellos para escuchar sus palabras de verdad. Entre los maestros de los griegos había uno, Apolo, quien era llamado Defensor del Oráculo, y reconocido en muchas tierras como un sabio griego.

Apolo abrió para Jesús todas las puertas de la sabiduría griega, y en el Areópago oyó hablar a los maestros más sabios. Pero Jesús les aportó una sabiduría mucho mayor que la de ellos; y así enseñó. En cierta ocasión, en el Anfiteatro, cuando Apolo le pidió que hablara, dijo: ¡Maestros atenienses, escuchad! Hace mucho tiempo, los hombres, conocedores de las leyes de la naturaleza, buscaron y encontraron el lugar sobre el que se levanta vuestra ciudad. Bien sabéis que hay partes de la tierra donde su gran corazón palpitante lanza hacia el cielo ondas etéricas que se encuentran con los éteres de lo alto: Donde brillan la luz del espíritu y la comprensión, como las estrellas de la noche.

De todas las partes de la tierra, no hay lugar más sensible, más verdaderamente bendito espiritualmente, que aquel donde se encuentra Atenas. Sí, toda Grecia es bendita. Ninguna otra tierra ha sido la patria de hombres tan poderosos del pensamiento como los que adornan tus pergaminos de la fama. Una multitud de gigantes vigorosos de la filosofía, de la poesía, de la ciencia y del arte, nacieron en el suelo de Grecia, y arrullaron a la humanidad en su cuna de pensamiento puro.

No vengo aquí a hablar de ciencia, de filosofía o de arte; de ellas sois ahora los mejores maestros del mundo. Pero todos vuestros grandes logros no son más que peldaños hacia mundos que están más allá del reino de los sentidos; no son más que sombras ilusorias que revolotean en las paredes del tiempo. Pero yo les hablaré de una vida más allá, interior; una vida real que no puede perecer.

En la ciencia y la filosofía, no hay poder lo suficientemente fuerte como para que un alma se reconozca a sí misma, o para que esté en comunión con Dios. Yo no detendría el flujo de vuestras grandes corrientes de pensamiento, pero las dirigiría a los canales del alma. Sin la ayuda del aliento del Espíritu, el trabajo del intelecto tiende a resolver los problemas de las cosas que vemos, y nada más.

Los sentidos fueron hechos para traer a la mente meras imágenes de las cosas aparentes; no tratan con las cosas reales; no comprenden la ley eterna. Pero el ser humano tiene algo en su alma, un algo que rasgará el velo para que pueda ver el mundo de las cosas reales. Llamamos a este algo, conciencia espiritual; duerme en cada alma y no puede ser despertada hasta que el Santo Aliento se convierta en un huésped bienvenido.

Este Santo Aliento llama a la puerta de cada alma, pero no puede entrar hasta que la voluntad del hombre abra la puerta de par en par. No hay poder en el intelecto para girar la llave; tanto la filosofía como la ciencia se han esforzado por vislumbrar detrás del velo; pero han fracasado. El resorte secreto que abre la puerta del alma no se toca más que con la pureza de la vida, con la oración y el pensamiento santo.

Vuelve, oh corriente mística del pensamiento griego, y mezcla tus claras aguas con el torrente de la vida del Espíritu; y entonces, la conciencia espiritual no dormirá más, y el ser humano sabrá, y Dios bendecirá. Cuando Jesús hubo dicho esto, se apartó. Los maestros griegos se asombraron de la sabiduría de sus palabras; no respondieron.